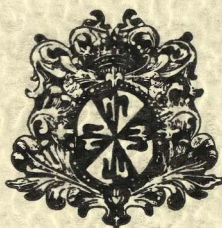


Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario



Nova et Vetera

SUMARIO

Luis-Angel Arango, por *Antonio Alvarez Restrepo*.—Cinco misterios del Colegio del Rosario, por *Armando Romero Lòzano*. Don Marcelino Menéndez y Pelayo en el centenario de su muerte, por *Monseñor José Eusebio Ricaurte*.—La Ciudad de lo Verdadero, por *Walter Robert Corti*.—El alma a través del folklore, por *Victor Sánchez Montenegro*.—Propiedad privada de las minas por accesión, por *Alberto Revollo Bravo*.—Doctrinas colombianas del Derecho Internacional, por *Alfredo Vásquez C.* Comentarios, por *Ovidio Oundjian Bernard*.—Actos oficiales.

Si desea recibir
periódicamente esta publicación
devuelva el cupón adjunto.

441

Marzo-Abril de 1957. Bogotá - Colombia

SOCIEDAD DE SEGUROS DE VIDA

Y

SOCIEDAD NACIONAL DE SEGUROS

ALBINGIA

S. A.



Correspondencia, Suscripciones y Propaganda
COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Calle 14 N° 6-25 — Apartado 72

BOGOTA-COLOMBIA

Suscripción 4 ejemplares\$ 5.00
Número suelto\$ 1.50
Suscripción para el exteriorU.S.\$ 2.00

Los artículos publicados en esta revista pueden ser reproducidos
citando su origen y autor.

SEGUROS DE:

Incendio

Transportes

Automóviles

*Accidentes personales para
escolares*

Colectivos de Vida

Accidentes de Trabajo

Robo

●
Carrera 7a. No. 12-70

Teléfono Conmutador: 43-70-70

Apartado Aéreo 80-78

Apartado Nacional 35-88

●
AGENCIAS EN LAS PRINCIPALES CIUDADES

DEL PAIS.

●
SEGUROS ALBINGIA

25 Años de servicio



Estos cuatro motivos de timbre postal fueron dados en su primer día de servicio

el 5 de Marzo de 1957, con motivo de la celebración de los 25 años de la CAJA de CREDITO AGRARIO INDUSTRIAL Y MINERO

Colores :

Verde de 1 c.

Carmelita claro de 2 c.

Azul de 5 c.

Carmelita obscuro de 5c. extra rápido.

Edición de 12 millones de sellos.

Impresos por De La Rue Londres.



REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

FUNDADOR:

Mons. RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

RECTOR:

Mons. José Vicente Castro Silva

REDACTOR:

Antonio Copello Faccini

ADMINISTRADOR:

Gonzalo López Ospina



La responsabilidad de los artículos pertenece al autor

La colaboración es rigurosamente solicitada

(Tarifa reducida en el servicio postal del Ministerio de Correos.

Licencia número 1848.)

Nº 441 — Marzo-Abril de 1957.

INDICE

LETRAS Y FILOSOFIA:

	Páginas
Luis-Angel Arango, por <i>Antonio Alvarez Restrepo</i>	8
Cinco misterios del Colegio del Rosario, por <i>Armando Romero Lozano</i>	13
Don Marcelino Menéndez y Pelayo en el centenario de su muerte, por <i>Mon-</i> <i>señor José Eusebio Ricaurte</i>	43
La Ciudad de lo Verdadero, por <i>Walter Robert Corti</i>	52
El alma a través del folklore, por <i>Víctor Sánchez Montenegro</i>	58

DERECHO:

Propiedad privada de las minas por accesión, por <i>Alberto Revollo Bravo</i> ...	69
Doctrinas colombianas del Derecho Internacional, por <i>Alfredo Vásquez G.</i> ...	84

NOVEDADES BIBLIOGRAFICAS:

Comentarios, por <i>Ovidio Oundjian Besnard</i>	99
---	----

VIDA ROSARISTA:

Actos oficiales	103
-----------------------	-----

EN NUESTRA ENTREGA CORRESPONDIENTE A MAYO:

Esquema de la Misión de la Universidad colombiana, por el doctor *Abel Naranjo Villegas*.

Oración pronunciada por el R. P. *Alvaro Sánchez* con motivo de la traslación de los restos del Sabio José Celestino Mutis del Observatorio Astronómico a la Basílica Primada.

Continuación de "Doctrinas colombianas de Derecho Internacional", por el doctor *Alfredo Vásquez Carrizosa*.

La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario al juntarse por vez primera después del fallecimiento del Consiliario señor doctor don Luis-Angel Arango, deja constancia del intimo duelo que la embarga ante la desaparición inopinada de tan insigne favorecedor de este Claustro Centenario. Grande y eximio por los singulares merecimientos que lo distinguieron como servidor de la Nación, como ejemplo admirable de singular pulcritud, de inteligencia y patriotismo nobilísimos, como sabio y prudente director del Banco de la República, como experto conocedor de los caminos rectos y dificultosos que han de seguirse para salvar y mejorar las finanzas nacionales, el señor doctor don Luis-Angel Arango fue asimismo para este Colegio Mayor un consejero inapreciable que con serenidad señaladísima y celo exquisito colaboró en la solución de todos los problemas que se presentaron a la Consiliatura en su régimen ordinario. En las obras que el Colegio emprendió con ocasión de su Tercer Centenario, el señor doctor don Luis-Angel Arango fue consejero e inspirador de espléndida generosidad. Amó en fin a este Colegio con predilección y devoción constantes, y con palabras y obras dio testimonio preclaro del aprecio que hizo de su carácter de hijo de este Claustro.

Al dejar esta memoria en sus Actas, la Consiliatura concreta sus sentimientos reconociendo al doctor don Luis-Angel Arango como ministro visible de la Divina Providencia que siempre ha acompañado a este Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

LUIS-ANGEL ARANGO

Por ANTONIO ALVAREZ RESTREPO

Este varón austero que en la vida mortal se llamó Luis-Angel Arango pertenecía, por sus atributos y nobles cualidades, a aquella eximia categoría de tipos humanos que Eugenio d'Ors llamó con frase afortunada "la aristocracia de la conducta". Una aristocracia más pura y ejemplar que la de la sangre; una aristocracia hasta cuyo cerrado círculo sólo pueden llegar aquellos espíritus selectos que, sobreponiéndose al ambiente que les rodea, logran elevarse sobre el común de las gentes ascendiendo paso a paso por la escala del saber y de la virtud. Era uno de aquellos hombres en los cuales parece haberse complacido la Divina Munificencia por la multiplicidad de los dones que le fueron otorgados: discreción, honestidad, inteligencia, sensibilidad, gallardía, generosidad, todas aquellas virtudes que hacen noble y hermosa una vida. Era, por el refinamiento en sus maneras y en sus actos y por la amplitud generosa de su mente receptiva, una especie de príncipe del Renacimiento perdido entre la fronda y la algarabía de una república tropical.

Al estudiar lo que él significó y representó, lo primero que hay que destacar son sus cualidades humanas, el hombre que él era, aquella personalidad inconfundible abroquelada por virtudes selectas. Sobrio en las palabras y en los actos, para él parece haberse escrito aquel capítulo de *El Discreto* en que Baltasar Gracián nos habla del "señorío en el decir y en el hacer". "Nacen algunos con un señorío universal en todo cuanto dicen y hacen que parece que ya la naturaleza los hizo hermanos mayores de los otros." Señorío en el decir, para presentar con propiedad y discreción ante propios y extraños los asuntos concernientes a su cargo, para guiar y alentar a sus compañeros de trabajo, para estimular a un artista por la obra realizada,

para abogar por aquellas cosas que eran gratas a su espíritu de selección. Y señorío en el hacer, para que todos sus actos estuviesen marcados por el sello de la dignidad, ennoblecidos con un aire de inconfundible distinción, medidos dentro de normas de sobriedad británica. Señorío en el hacer, para mantenerse en todas las oportunidades fiel a sí mismo sin dejar sentir a los demás ni el peso de su autoridad ni los atributos de su rango.

El hombre contemporáneo, acosado por las dificultades de la vida moderna, seducido por los encantados mirajes del éxito fácil en lo económico, removido de sus antiguas bases éticas, anda titubeante en medio de una sociedad que pierde cada día un poco de su antiguo y valioso patrimonio moral. Dentro de ese cuadro melancólico que es igual en todas las latitudes, logran mantenerse erguidos algunos valores de primera magnitud que dignifican con su sola presencia el paisaje social y que sobreviven al estrago al igual que aquellos árboles, gigantes de la especie, que en medio de la tierra calcinada por el fuego alzan sus copas airosas cuando el incendio del bosque lo ha consumido todo en rededor. El país tenía la certidumbre de lo que Luis-Angel Arango significaba al frente del primer organismo económico nacional y como varón de consejo. Sabía que en el puesto de comando estaba un capitán experto en las más difíciles travesías, una conciencia incorruptible, un guardián insobornable de la patria heredada.

Era apenas natural que estas circunstancias afortunadas para la República se reflejaran en la confianza del gran público para con el banco que presidía. Aun en las más oscuras horas del desbordamiento multitudinario, en aquellos días en que la estructura total de la vida colombiana se vio sacudida por la violencia de las muchedumbres enardecidas, aun en esos instantes de gran prueba, el Banco de la República pudo mantenerse incommovible en el alto sitio que la confianza nacional le ha dispensado muy especialmente porque esa confianza era la que el país le había otorgado al hombre que gobernaba los destinos de aquel instituto.

Habían confluído sobre la mente del doctor Arango vivas corrientes que venían de muy diversas zonas del espíritu. Su inteligencia, ávida de conocer, se aventuraba por las áridas comarcas de las ciencias y de las letras para volver cargada de copiosos dones y preseas.

Ayudado por una memoria prodigiosa que no vacilaba y que no confundía ni un nombre, ni un hecho, ni una fecha, había estructurado una especie de filosofía propia con sentencias entresacadas de

los libros sagrados, con máximas y pensamientos de Marco Aurelio, de Séneca y de Gracián, con algunas páginas discretas de Montaigne, todo complementado con aquella quintaesencia de la sabiduría popular que se guarda en las arcas del refranero castellano. En sus selectas colecciones de refranes, desde folios antiguos hasta ediciones modernísimas, había espigado aquí y allá, tras búsqueda paciente, todo lo que por su gracia incisiva o por la hondura de las verdades que guardaba merecía ser recordado. Era de oírle cuando en el diálogo amistoso frente a los hechos de diaria ocurrencia o ante los graves problemas que le tocaba resolver, soltaba una de aquellas graciosas sentencias que eran por sí solas como una amable solución para el caso que se discutía.

Muy pocos colombianos han recorrido el solar de los clásicos españoles con aquella porfía inquisitiva, con aquel espíritu atento que no desperdiciaba ni el donaire de una frase, ni la gracia de una voz arcaica, ni la sabiduría de una noble sentencia. Al margen de sus libros marcaba lo que era de su predilección en tal forma, que una colección de esas marcas podría servir de itinerario de su pensamiento y de su filosofía. La lectura de los clásicos había influido fuertemente en su estilo. De ahí aquella prosa suya estrictamente ceñida, despojada de arrequives literarios, casi seca. De allí su vigilancia sobre el peligroso adjetivo, aquel sofrenar la imaginación para que lo que su pluma escribía tuviese un sello de sobria expresión y discreta elegancia.

Mas no sólo los clásicos. Lector infatigable, había hecho la travesía de la literatura universal, antigua y moderna; seguía con interés las publicaciones de libros de arte, de ciencia, de historia, de política, sobre cada una de las cuales solía expresar conceptos acertados con un amplio espíritu comprensivo. Estas lecturas fortificaron su fe democrática, su devoción por aquel sistema de ideas que se fundamenta en el respeto absoluto por los derechos de la persona humana y por el máximo de libertad posible. Había en esta posición intelectual suya una raíz cristiana que extraía sus jugos nutricios de las puras doctrinas evangélicas y de las grandes experiencias históricas. Para él la libertad del hombre, su libre acción, eran un patrimonio sagrado que había que preservar con todos los medios de que dispone el Estado. Nunca vaciló en este campo, nunca sintió el halago de aquellas formas que entre los años treinta y cuarenta de este siglo tuvieron popularidad y arraigo aun en mentes cultivadas.

Temperamento artístico, de muy refinada cultura, abandonaba sus hondas cavilaciones sobre los asuntos que directamente le con-

cernían para conceptuar sobre la belleza de un cuadro, sobre la finura de un dibujo o sobre la gracia de una de aquellas piezas de orfebrería indígena con cuya adquisición enriquecía periódicamente el Museo del Oro. Ese Museo, ejemplar en el mundo, que ha preservado para la historia y para la cultura un auténtico tesoro al cual estará unido para siempre el nombre de su ilustre mantenedor y propulsor.

Su obra de economista se extendía sobre el doble frente de la teoría y de la práctica. Insatisfecho con los conocimientos de su preparación universitaria, seguía con inquisitiva vigilancia las fórmulas nuevas de los reformadores, las teorías de los expositores modernos, las tesis que a partir del año de 1630 han revolucionado la estructura clásica. Salta esto a la vista en sus informes anuales, esos informes sobrios y exactos sobre la actividad económica colombiana, en los cuales aparece la estricta realidad de los fenómenos, matizada con muy sagaces observaciones y prudentes consejos. Quien quiera seguir los altibajos de nuestra actividad productora, los vaivenes de la moneda, la esquiva suerte de la balanza de pagos internacionales, todos aquellos hechos que sumados representan el balance de un país, no tiene sino que repasar las páginas escritas por el doctor Arango y encontrará en ellas la sobria verdad sin deformaciones acomodaticias.

Pero si su obra escrita es valiosa, su acción directa sobre la economía nacional fue invaluable. Banquero respetado y conocido en los círculos mundiales, actuaba sobre los hechos colombianos no sólo con aquella su eximia probidad sino con el más solícito cuidado. Discreto consejero, presidentes de la república, ministros de hacienda, miembros de la junta del banco y banqueros privados tuvieron en sus juicios y apreciaciones una base inestimable para acertar. Sin pretender aparecer en la primera línea, porque la discreción era patrimonio suyo, todos sabían que en último término su concepto era elemento indispensable para el éxito de las acciones que se emprendían.

Su preocupación por la ciencia económica le llevó a publicar el *Archivo de la Economía Colombiana*, edición excelente de aquellos libros y comentarios escritos en el siglo pasado y en el presente, que se refieren a problemas de la economía nacional y que tienen un valor absoluto para el estudio de nuestro desarrollo. Esas publicaciones son, a la vez que una reviviscencia de lo que ayer se pensaba sobre temas capitales, un homenaje a la memoria de sus autores, casi todos valores auténticos de la historia colombiana.

Pertenecía a la escuela de aquel otro gran maestro de la economía que se llamó Esteban Jaramillo, y como tal, el enfoque de los problemas económicos solía hacerlo con un doble criterio: humano y

patriótico. Humano, para apreciar por anticipado hasta dónde cada nueva medida podría influir no sólo sobre la suerte de la comunidad, sino sobre la de los individuos en su actividad privada a fin de evitar quebrantos e injusticias. Patriótico, porque todo lo que al país le interesaba merecía su solícita cooperación. Los problemas de la energía y los de los transportes, los de la higiene y de la educación, los de la moneda y los de la cultura estaban siempre ante su vista porque había reflexionado largamente sobre ellos y sabía hasta dónde de una solución acertada dependía el bienestar de la comunidad. Su espíritu emprendedor ha quedado unido a la reconstrucción de la Recoleta de San Diego, a la Catedral de Sal y a la Hospedería de El Libertador en Zipaquirá; a la restauración de la antigua Casa de Moneda; a los magníficos edificios destinados para la Corte Suprema de Justicia, para la nueva biblioteca del banco, para su imprenta y aquel que se levanta para sede de la propia institución.

Ninguna cosa que tuviese para el país interés material, espiritual o estético le era extraña; su inteligencia era una lámpara votiva que ardía insomne en el santuario de Colombia.

El crecimiento constante de la actividad económica nacional en los últimos años, esta plétora de energía vital que se desborda hacia todas las latitudes, ha creado ya y creará en lo porvenir problemas de solución muy ardua, de muy complejas facetas y de muy difícil manejo. Para afrontar una situación así cuánto hubiera podido servir al país aquella voz experimentada y aquella mente serena; la visión segura de aquel navegante que entre la densa noche de las dificultades sabía orientarse porque conocía como ninguno la ruta por donde Colombia podía llegar sin tropiezos a sus más altos destinos.

Luis-Angel Arango ha desaparecido en la plenitud de su capacidad intelectual. Aquella múltiple inteligencia no dará ya sus frutos de promisión cuando tanto podía esperarse para bien de la patria. Aquel espíritu vibrante no alentará ya más las empresas de la cultura. Aquella voz maestra no dejará escuchar el sabio consejo ni la admonición oportuna. Al depositar en la tierra sus despojos, la patria ha entregado mucho de sus mejores esencias, de sus valores capitales. Sean para su tumba las palabras de Séneca en su duelo por la muerte de Petronax: "Larga es la vida si es llena. El vio la verdadera luz; no fue uno de muchos. Vivió, y vivió ejemplarmente. . ."

Cinco Misterios del Colegio del Rosario

Por ARMANDO ROMERO LOZANO

En la cubierta posterior de la Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario leíamos que el glorioso Instituto fue fundado en 1652, siendo así, como ya lo consigna don José Manuel Groot, en su voluminosa *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*, lectura obligada de comedor para los rosaristas internos, que la cédula expedida por el rey Felipe IV está fechada, y así consta en el original autógrafo, a 31 de diciembre de 1651; que el acta de posesión del Ilustrísimo señor don Fray Cristóbal de Torres como fundador del Colegio fue extendida el nueve de enero de 1653 y que el verdadero documento de fundación fue el acta inaugural que certificó el escribano Nicolás Navarrete a diez y ocho de diciembre de 1653. Los estudiantes del Rosario aceptábamos sin discriminación aquella primera fecha. Pero, en verdad, la vida del Colegio establecido por la munificencia y alta previsión de Fray Cristóbal de Torres dio comienzo con "la colocación y principio" —así reza el acta— de la entrada que se dio a los trece primeros colegiales de número, el diez y ocho del mes de navidad de ese año de Gracia de 1653, gobernando a España y sus Indias la católica Majestad de Felipe IV, el Nuevo Reino de Granada como presidente, don Juan Fernández Córdoba y Coalla, marqués de Miranda y la Arquidiócesis de Santa Fe de Bogotá, el propio fundador de nuestro Colegio, Fray Cristóbal de Torres, de la Orden de Santo Domingo.

Y así doy comienzo, con ese pequeño acertijo cronológico —51, 52, 53— a este boceto que se me ha ocurrido titular *Cinco misterios del Colegio del Rosario* (anticipando que se pueden registrar otros). Donde conviene ante todo, explicar y justificar la aplicación equívoca que doy al delicado término *misterio*, que no se entiende aquí